Bajo el

CIELO *de* CAWNPORE

ALEXANDRA RISLEY

VESTALES

La India dice "ven" a través de cien bocas,
utilizando objetos ridículos y augustos.
Pero, ¿ven a qué? Nunca lo ha definido.
La India no es una promesa,
tan solo una llamada.

E. M. Forster, *Pasaje a la India*.

Capítulo 1

Cawnpore, India, 1857.

Las aguas del Ganges reflejaban los insólitos colores del amanecer. Un rojo impetuoso, vívido como los ojos de un animal exótico, se permutaba en la lejanía hasta reducirse a un pálido dorado con algunos destellos púrpuras. El sol pujaba por salir entre los cerros grises; posaba incipientes rayos sobre los árboles de higueras que entrañaban la magnitud de la selva, las plácidas aguas dulces que lamían los *ghats* y los techos cupulares de los templos que se alzaban en la orilla. Aquella visión habría hecho madrugar a cualquier artista entusiasta, aunque nadie podría avalar que existiesen paletas de óleos o acuarelas capaces de emular semejantes tintes.

Agolpados en la ribera del afluente y desde las copas de los banianos, los pájaros graznaban, ansiosos de mirar a los forasteros que el río traía consigo desde algún lugar del vasto Indostán. Una fragata encontraba un lugar donde atracar en medio de una fila de sencillas barcazas. En el muelle, los marineros maniobraban como autómatas para subir y bajar mercancías. Luego, decenas de ciudadanos británicos, en su mayoría hombres de negocios y sus familias, descendían prestos, seguidos por sus *culis*, como se denominaba a los criados nativos, cargados de valijas y baúles de viaje.

Abigail Fortescue estiró el cuello cuando divisó el enjambre de tripulantes, se abrió paso entre ellos con toda la cortesía que la impaciencia podía permitirle. Las damas con las que había hecho amistad en Calcuta intentaron distraerla, se despidieron con abrazos y buenos deseos para su boda. No faltó alguna anciana que le besara las mejillas recordándole algún tedioso consejo para asegurarse un matrimonio exitoso. Abby prestó poca atención a los parloteos, sus ojos marrones escrutaban el muelle; ansiaba ver un solo rostro en medio de la multitud: el del hombre que debía de estar esperando por ella.

Ataviada en un caluroso vestido de viaje, la muchacha de pálido semblante y cabellos de un tono dorado oscuro, constreñidos en un rancio moño, miró a todas partes con el corazón en vilo, a la expectativa. Se ajustó más las cintas del sombrero mientras escudriñaba los alrededores del muelle. Las mujeres apelaban a sus abanicos de bambú o de marfil para ofrecerse algo de alivio en medio del penetrante calor; los hombres se quitaban los sombreros e, irritados, gritaban órdenes en hindi a los lacayos de piel oscura. Muy pronto presenció cómo el torrente de viajeros se dispersaba y abandonaba el andén junto a quienes habían ido a recogerlos. Ella, en cambio, se quedó sola. Nadie había estado esperando su llegada.

No era en absoluto como había imaginado que sería, pensó, volviendo a ajustar las ataderas del bonete con las manos sudorosas dentro de los inapropiados guantes.

—Cariño, si sigues apretujando esas cintas, vas a sofocarte y hace mucho calor como para cargarte. —La voz de Teresa Hobart, amiga y acompañante de travesía de Abby, la sacó de sus lamentaciones. La belleza morena descendía por la plataforma con la gracilidad de un antílope, inmune al despiadado clima.

Abby puso los ojos en blanco, pero dejó de jugar compulsivamente con el sombrero, consciente del calor que comenzaba a agobiarla, pese a que aún era temprano y el sol apenas había hecho aparición. Por desgracia, no había tenido cabeza para elegir un atuendo más adecuado. La única preocupación en su mente desde que había

dejado Calcuta… no, desde que había cumplido quince años, era el esperado encuentro que, ahora entendía, seguiría posponiéndose.

—Henry no vino por nosotras —reconoció con tristeza.

Tess desplegó el abanico para agitárselo en la cara.

—Te dije que no se suponía que lo hiciera. Debe de estar trabajando con su padre. Por el amor de Dios, Abby, no te creas el centro del universo —la incordió en tono jocoso—. Lo más probable es que haya enviado a un criado para…

Tess se interrumpió cuando un joven sudoroso y regordete, evidentemente británico, se aproximó a ellas.

—Queridas damas, mis respetos —les saludó con una cordial reverencia—. ¿Serían tan amables en decirme si alguna de ustedes es la señorita Abigail Fortescue de Londres?

Abby miró al muchacho con patente desconfianza. Tardó demasiado en responder a la pregunta, de modo que Tess la señaló con la cabeza.

—Señorita Fortescue, bienvenida a Cawnpore —la saludó el hombre, aunque desprovisto de entusiasmo—. Mi nombre es Rupert Archer, trabajo para el señor Wilcotts. Su prometido me ha enviado a recogerlas a usted y a su amiga. ¿Qué dicen? ¿Nos vamos?

—Señor Archer, es usted muy oportuno. —Fue Tess quien contestó con una sonrisa indulgente—. Y el señor Wilcotts muy considerado al enviarlo. Supongo que ha traído a un ejército de criados para que nos ayuden con el equipaje.

La sonrisa de Archer se convirtió en una mueca de estupor al ver la montaña de baúles a espaldas de las damas. Tess se las había arreglado para que los marineros hicieran el trabajo de bajar las valijas a cambio de unas pocas monedas.

—En realidad a nadie, además del cochero. —Se limpió el sudor de la frente con la manga. Tess dejó escapar una risita de burla—. Mi señor me ha encomendado la tarea de ayudarlas en su traslado y establecimiento en Cawnpore, usted sabe, para que no tengan oportunidad de extrañar la hospitalidad británica. No creí que hubieran traído tantas pertenencias con ustedes.

—Señor Archer, venimos del otro lado del mundo, y le aseguro que cada alfiler y frasco de perfume en esos baúles es tan imprescindible para una dama como lo es un caballo para un hombre. —Tess sacó a relucir esa sutileza conminatoria tan suya. Le sonreía cuando, de seguro, quería gritarle—. Haga el favor de conseguir la forma de subir todo al carruaje antes de que el equipaje de la señorita Fortescue se derrita con este calor infernal.

Abby soltó un bufido. La mayor parte de lo que allí se guardaba eran las fruslerías de su amiga, los vestidos, joyas y miriñaques que necesitaría, según ella misma, para atrapar a un marido rico que le ofreciera la buena vida que Abby pronto disfrutaría al lado de Henry Wilcotts.

—¡Claro! ¡No hay cuidado! —exclamó el caballero, ligeramente enervado—. Le pagaré a un par de muchachos para que me ayuden a subir todo al carruaje. No tienen nada de qué preocuparse, mis distinguidas damas. Por favor, esperen aquí.

—¡Por supuesto! ¡No planeamos ir a ningún otro lado!

Tess hizo una mueca de exasperación cuando el empleado de Henry se marchó.

—¿Cómo sabes que es de fiar? —gruñó Abby, desconfiada por naturaleza.

—Cariño, si vas a temer a alguien, que sea a los nativos. ¿No te parece que Henry fue muy dulce al enviar a un criado británico en lugar de un palanquín cualquiera?

—Supongo que sí.

—De seguro quiso evitarnos la mala experiencia. —Discreta, Tess se cubrió la boca con el abanico—. No sé tú, pero a mí me daría terror ser llevada por alguno de esos nativos. ¿Te imaginas? ¿Qué tal si se trata de un depravado ansioso de practicar con nosotras las posturas de ese libro indecente? —Y estalló en un ataque de risas nerviosas.

Abby, que ignoraba de qué estaba hablando, frunció el ceño. Con toda seguridad se trataba de una calaverada más de su dama de compañía.

—¡Ay, no importa! —suspiró la morena—. ¡Solo estaba tratando de animarte! ¿No estabas ansiosa por pisar Cawnpore? Aquí lo tienes, Abigail Fortescue, próxima señora Wilcotts. ¡Es toda tuya!

—Tienes razón —convino dejando caer los hombros—, confío en que lo veré mañana.

¿Qué importaba un día más, cuando había esperado por él toda una vida? El matrimonio entre Abby y Henry había sido el acontecimiento más esperado en el seno de las dos familias, o al menos en el seno de la familia Fortescue. Que la hija de un sastre de Londres se convirtiera en la esposa de un funcionario del Servicio Civil Británico para la Compañía de Indias Orientales era visto por muchos como un certero acto de ascenso social, pero nada estaba más lejos de las verdaderas aspiraciones de Abby. Los actos que la habían impulsado hasta aquellas tierras indómitas estaban siendo guiados por sentimientos genuinos en vez de por el deseo de ganarse un lugar entre las damas de la burguesía, como a menudo murmuraban los desconocidos.

—¿Por qué no vino el señor Wilcotts? —inquirió cuando se hubieron instalado en el suntuoso carruaje, que desentonaba en medio del caos del muelle, una vez que todo el equipaje fue colocado en su sitio.

—Me temo que el señor Wilcotts está atendiendo algunos asuntos de última hora, señorita —explicó Archer cuando los caballos se pusieron en movimiento.

—¿De trabajo?

—Bueno, sí; es decir, no —vaciló el hombre, a lo que ella respondió con una mirada encogida—. Se trata de un asunto muy delicado, señorita. No sé si se habrá enterado de lo que sucedió en Barrackpore hace un par de días.

La joven recordó una conversación que había escuchado sin querer el día anterior, en la mesa del desayuno. Según comentaba un caballero a otro, un cipayo del 34º Regimiento de Bengala había atacado con su bayoneta, sin ninguna explicación, a dos superiores británicos, por lo que las autoridades ordenaron su captura. El otro

caballero había aventurado que aquella arremetida no era un hecho aislado, sino una seria advertencia que el ejército de la Compañía no podía soslayar. Ella no había entendido a qué se refería entonces.

—¿Está hablando del ataque del soldado indio?

—En efecto.

—Pero el hombre fue puesto bajo custodia, ¿no?

—No solamente eso, señorita. Fue condenado a la horca junto a otro soldado que se negó a apresarlo. La sentencia se cumplió hoy al amanecer.

—Oh. ¡Qué horror!

—¿Horror por qué? —intervino Tess con sobrado desdén, como si se estuviera discutiendo el menú del almuerzo y no el destino de dos pobres desdichados—. ¡Lo merecían por traidores!

Abby la miró con profundo recelo. Podía tolerar que Tess fuera una coqueta y una descarada, pero jamás que insultara a la gente oriunda de la tierra donde ella habría de vivir el resto de su vida. Su tierra, por ende. El pueblo indio merecía el mayor respeto y consideración por ser el forzoso patrocinador de una buena parte de las riquezas de Gran Bretaña.

—Tess, ¿tienes veinte minutos aquí y ya osas insultar a la gente autóctona?

La dama de compañía le respondió con una mirada afilada.

—Con todo respeto, señorita Fortescue —Archer intercedió solemnemente—, esos cipayos eran un par de traidores despreciables. La Compañía les paga una remuneración suficiente, les otorga una posición privilegiada entre su gente y, a cambio, se les da un arma para que defiendan los dominios del imperio, pero ellos han escogido responder en contra de quienes los armaron. ¡Es inconcebible!

—Me pregunto qué razones tendrían para hacer eso, señor Archer.

—Ninguna lo suficientemente válida, me atrevo a decir.

Abby se cruzó de brazos, exasperada.

—¡Oh, vamos! Empecemos por el hecho de que estas tierras tienen cien años en poder de los británicos y que todos los recursos

son explotados sin ningún límite por un imperio que se enriquece groseramente, pero que no devuelve nada a la gente de la India.

Después de las atropelladas palabras de Abby, un largo silencio reinó en el interior del carruaje. Apenas se percibía el trajinar de las ruedas sobre el suelo de arena y las piedras del camino zarandeando el landó a través de las estrechas avenidas.

—Si me permite, señorita Fortescue, no le aconsejo llevar ese discurso delante de la familia Wilcotts. —Archer la miraba con seriedad.

Ella lo observó atónita, dolorosamente consciente de que aquel hombre tenía razón. Su futura familia política tenía más de cincuenta años en la India; su suegro era dignatario de la Corona en la Compañía Británica de Indias Orientales, al igual que su prometido. Los Wilcotts habían cenado en la misma mesa que la reina Victoria y gozaban de una impoluta reputación tanto en Londres como en India.

—¿Y qué tiene que ver Henry, es decir, el señor Wilcotts en todo este asunto de los soldados de Barrackpore? —quiso saber para soslayar el tema.

—El comisionado ha convocado a una reunión extraordinaria para discutir esos sucesos violentos, señorita. Los señores Wilcotts, es decir, padre e hijo, como representantes de la Corona para la Compañía Británica de Indias Orientales fueron llamados a participar. Las autoridades creen que lo que provocó esa reacción violenta es la negativa de los cipayos a usar unos cartuchos de fusiles que parecen haber sido embarrados con grasa de cerdos y vacas. Antes de cargar las armas, los cartuchos han de ser mordidos…

—Y, como la religión hinduista y la musulmana les prohíben consumir derivados de esos animales, lo consideran una ofensa a sus creencias, por lo que se han negado a utilizarlos —conjeturó Abby sacudiendo la cabeza con pesar.

—Así es, señorita. Las autoridades están tratando de hallar una solución para este problema. Esperamos que lleguen a un acuerdo pronto. No queremos que las supersticiones locales terminen causando un caos en las filas del ejército.

—No es superstición, señor Archer —retrucó Abby—. Es fe.

Archer pareció dispuesto a replicar, sin embargo cerró la boca, como si creyera que discutir con una mujer sobre ciertos asuntos era un caso perdido.

Ella lo ignoró. No le sorprendía que los cipayos se hubieran negado a morder unos cartuchos untados en grasa de animales sagrados e impuros. Era un ultraje imperdonable que la Compañía hubiera traído semejantes armas a un ejército que abrigaba tan sólidas creencias religiosas, pero confiaba en que Henry pudiera ayudar al mando militar a dar con una solución pacífica a ese lamentable conflicto.

Contrariada, Abby replegó la persiana del carruaje, fijó la vista en el variopinto paisaje que la diáfana ventanilla le revelaba. Las estrechas callejuelas, bordeadas de edificaciones pintadas en colores llamativos o en inmaculado blanco, rebosaban de transeúntes, *rickshaws* y carromatos tirados por bestias. Una caterva de voces, visiones y olores confusos la agobiaron hasta el punto de no saber adónde girar la cabeza. Por un lado, una bandada de palomas se abalanzaba al cielo, atemorizadas por el estrépito de los carruajes, por otro, escuálidas vacas se paseaban lánguidamente sin reparar en la conmoción de la ciudad. En las calzadas dormían mendigos, ajenos al bullicio; en las ventanas de las viviendas asomaban pequeños rostros oscuros. Hombres y mujeres caminaban con prisa; ellos, ataviados en turbantes y *lunguis* amarillentos; ellas, en saris que emulaban los colores del amanecer, repletas de adornos de oro en el cuello, las muñecas, los lóbulos de las orejas y la nariz. Los vendedores ambulantes de comida apedreaban a los perros callejeros para mantenerlos a raya.

Un enjambre de niños esqueléticos, vestidos apenas con taparrabos, perseguía el vehículo por ambos costados, enseñando las palmas de las manos. Abby sacudió la cabeza, consciente de por qué no debía ceder a la tentación de regalarles dinero, pero vaciló al mirar aquellos varios pares de ojos, negros como el carbón, brillantes e insondables, que hacían plegarias más urgentes incluso que sus voces melifluas. Alguna vez, alguien le había hablado de los niños

indios y las miradas fúlgidas que a primera vista arrancaban sonrisas a los forasteros, ignorantes de que aquella belleza no era más que una paradójica secuela de la avanzada desnutrición. Los ojos se quedaban vacíos con la falta de nutrientes y resplandecían como último recurso para implorar auxilio en un grito silencioso. Afligida, echó un vistazo a Archer, buscando licencia, pero el hombre, enérgico, negó con la cabeza. La muchacha apartó la vista de los niños, descansando las manos sobre el regazo, obligándose a no ceder.

Sortearon un grupillo de vacas que merodeaban por las calles y a una fila de monjes que se dirigían en silencio a un templo cercano, antes de adentrarse en un camino bordeado por delgadas palmeras, higueras y banianos que los llevaría a su destino final: el acantonamiento civil de Cawnpore.

Con ojos cargados de renovado interés, Abby divisó el vasto paisaje natural. Bajo el crudo sol, hervía una carretera polvorienta, de arenas color dulce de leche, con unas cuantas acacias, rododendros y plantas silvestres de algodón aquí y allá, repartidos sin ninguna ponderación. Vio pasar una nube de polvo, escuchó un estridente canto de loros desde las ramas. Un movimiento raudo entre los árboles llamó su atención; una manada de monos de caras negras trepaba de una rama a otra con sigilo. Se les quedó viendo anonadada mientras ellos le devolvían la mirada con intriga. Suspiró frustrada y encantada a la vez.

Debía reconocerlo. Habría querido contemplar todo aquel deslumbrante cúmulo de nuevas imágenes en compañía de Henry, que fuera él quien le mostrara los exóticos parajes de la India y la guiara en el reconocimiento de su nuevo hogar. Habría querido escuchar su voz, que no recordaba en absoluto, mientras arribaba a aquella tierra prometida donde compartirían la vida de allí en adelante. Un predicador de noventa años que leyera pasajes del Apocalipsis podría sonar mucho más entusiasta que el tedioso señor Archer, pensó apartando la vista de él.

Fue entonces cuando divisó una silueta que se movía a trompicones por el anchuroso paraje. Aguzó la vista y sacó la cabeza por la ventanilla para mirar mejor. Una figura desgarbada corría en

contra del viento cargado de polvo; un nativo, concluyó al estudiar sus ropas andrajosas en la lejanía. El hombre se sostenía el turbante sobre la cabeza con una mano y, con la otra, frenaba las caídas que un viento enloquecido le propinaba en la carrera. De vez en cuando giraba para mirar con horror sobre su hombro, como si estuviera huyendo del mismísimo demonio.

—Señor Archer, ¿ve a aquel hombre?

El empleado de los Wilcotts se asomó a la ventana. En el acto se alejó.

—Sí, los indios son un tanto teatrales por naturaleza. Debe acostumbrarse a sus maneras, señorita Fortescue. No creo que sea nada malo.

—A mí me parece que tiene algún apuro. Detenga el carruaje.

Archer abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—¡Por supuesto!

—No puedo hacer eso, tengo órdenes llevarla sana y salva.

Ignorando las protestas de Archer, Abby golpeó la trampilla del coche con un movimiento raudo. El color pareció abandonar el rostro sudoroso y prominente del inglés, pero no hizo nada para detenerla.

—Abigail Fortescue, ¿te has vuelto loca? —la increpó Tess con los ojos brotados—. No vas a subir a ese hombre aquí, ¿verdad?

Estuvo tentada a hacerlo, solo para fastidiar a su amiga. El cochero se detuvo en medio de la polvareda. Una vez que dejó atrás los reclamos de Tess y las frenéticas advertencias del señor Archer, Abby descendió del coche de un salto. El nativo en apuros emergió de la cortina de polvo, para caer de rodillas ante ella entre sollozos y soflamas incomprensibles, como si ella fuera una deidad a la que implorara clemencia. No era más que un anciano harapiento con la piel morena sudorosa, el rostro marchito, cuarteado por los años y los ojos bañados de un velo de espanto. Cubierto de mugre hasta las pestañas, el hombre bajó la cabeza, se inclinó al nivel de los pies de la joven en medio de una retahíla de palabras. Abby se conmovió ante aquella angustiosa muestra de indefensión, de pura humildad.

Se llevó la mano al corazón para contrarrestar los latidos de pena por aquel anciano que claramente buscaba su ayuda.

—*¿Kya baat hai*? —le preguntó la joven.

El semblante de Archer se contrajo con la sorpresa.

Hacía un par de años, Abby había tomado algunas clases de hindi con un profesor particular, consciente de que el dominio de la lengua de su futuro hogar debía ser una habilidad imprescindible. Por desgracia, el señor Fortescue solo alcanzó a costear una parte de la instrucción, y ella tuvo que continuar aprendiendo a solas, con la ayuda de los manuales de idiomas y sin la más mínima oportunidad de practicar sus habilidades de conversación. Ella lo disfrutaba, aunque a menudo debía tolerar las burlas de su grupo de amigas ante lo que ellas consideraban una lengua ridícula y repugnante al oído.

Por desgracia, lo que hablaba el anciano que ahora tenía delante no era hindi sino una mezcla confusa de dialectos que ella no había alcanzado a estudiar.

—*¡Maim samajhi nahin!* —masculló acuclillándose frente a él, frustrada por no entender una sola palabra—. *¡Kripaya zara dhire boliye!*

—Tenga cuidado, señorita Fortescue —le advirtió Archer, que se había apeado del carruaje junto a la conmocionada Tess.

—¿Sabe usted qué está tratando de decirme?

Archer le hizo una pregunta al anciano, pero no pareció comprenderlo. Soltó una exclamación confusa. Luego, el criado de los Wilcotts preguntó algo al cochero, que respondió sacudiendo la cabeza en negativa.

—Lo siento, señorita. Tampoco entendemos lo que dice. Es un forastero.

Abby volvió a mirar al anciano. ¿Sería alguna dolencia lo que lo aquejaba? ¿Estaría algún familiar suyo en problemas? ¿Estaba huyendo de algo o de alguien?

—Por favor, trate de explicarse —gesticuló de forma torpe, interrumpiendo el alud de palabras agudas—. Quiero ayudarlo.

De pronto, un golpeteo de cascos de caballos en la lejanía robó su atención. El anciano soltó unos jadeos exaltados, un temblor incesante comenzó a recorrerle el enjuto cuerpo. Abby notó con ligero escozor que tres jinetes se aproximaban al galope en medio de la polvareda. Se puso de pie al tiempo que el indio corría detrás de ella para resguardarse, como un animal acosado por una cuadrilla de cazadores. Comprendió que aquellos jinetes eran la razón de su turbación.

—Señorita Fortescue, creo que esto se está saliendo de control —balbució Archer—. Creo que deberíamos marcharnos ahora mismo.

—El señor Archer tiene razón, Abigail —arremetió Tess con la voz quebrada de pavor—. Ya deja de hacer de buena samaritana y larguémonos de aquí.

Abby hizo oídos sordos a las protestas. Aunque tenía miedo, al igual que ellos, no se permitiría abandonar a aquel pobre abuelo a su suerte.

Se obligó a mantenerse firme, aunque las rodillas le temblaban. Fijó la vista en los tres jinetes, que, al cabo de unos segundos, traspasaron la cortina de polvo para dejarse ver. Eran militares de la Compañía, concluyó al ver los uniformes de reglamento. Dos de ellos, morenos y con la típica fisonomía de los hombres nativos, vestían casacas rojas con franjas blancas, pantalones y gorros azules. Los rostros oscuros y adustos de los cipayos reflejaban tanta emoción como la de dos curtidos jugadores de póquer.

Un tercer hombre, de rasgos caucásicos y severa apostura, apareció entre los primeros dos. Fue el que más llamó la atención de Abby: no hacía falta notar los galones de capitán y el elevado chacó negro con la insignia dorada donde brillaba un número "2"; tampoco era necesario saber que, a diferencia de los indios, los oficiales británicos podían escalar posiciones en el ejército. Cualquiera habría podido notar el aura de poder que aquel hombre exudaba. Pero eso no era todo. Como si lo anterior no fuera suficiente, también poseía una gloriosa belleza masculina, un ligero aire aristocrático más apropiado a un caballero de Londres que a un militar de algo

rango en un territorio salvaje. Sus ojos eran dos cuarzos coronando un rostro anguloso, de altos pómulos y mejillas esculpidas, además de una nariz recta y arrogante. El sol de la India le había atezado la piel con un permanente dorado, confiriéndole un curioso aspecto de dios romano que Abby no pasó por alto. El color de su cabello bajo el chacó era un incómodo misterio que le hizo arrugar el ceño. A sus espaldas, le pareció escuchar que a Tess se le escapaba un gemido.

Abby sintió un estremecimiento al notar que aquellos ojos verdes se posaban en ella desde la altura del caballo. El hombre ladeó la cabeza con ligerísima inquisición al notar que el anciano se refugiaba detrás de ella. Le dirigió una cruda mirada de reprobación, a pesar de los cual sus palabras sonaron extrañamente gentiles:

—Buenos días, *memsahib*. Si fuera tan amable de apartarse…

Tenía una voz profunda, un tanto ronca, sin llegar a ser molesta, sino más bien íntima. En cualquier otra ocasión, aquella voz le habría erizado la piel. Abby dejó de respirar por un instante. Por primera vez desde que pisó la India, se descubrió sofocada, mareada, quizás. Las manos dentro de los guantes comenzaban a sudarle, al igual que las sienes, que parecían derretirse bajo el apretado sombrero.

El anciano soltó un jadeo que la devolvió a la tierra. Fue entonces cuando la realidad la abofeteó de improviso. Miró fugazmente al harapiento indio, que continuaba tembloroso tras ella, y luego regresó al oficial, que parecía impacientarse ante su falta de respuesta.

—Buenos días —vaciló, esperando escuchar una presentación que no llegó—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sí. Apártese.

Abby entrecerró los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero a ese hombre —ordenó mirando a anciano.

—¿Qué es lo que ha hecho?

El oficial exhaló un suspiro amargo, de irritación e impaciencia.

—No tengo tiempo para esto —masculló, más para sí. Giró una instrucción en hindi a uno de sus subordinados, algo que le sonó como "acabemos con esto".

El cipayo se apeó para cumplir la orden. Caminó con arrojo hacia el anciano, provocando que se encogiera a los pies de Abby en una búsqueda desesperada por protección.

—¡No! —exclamó ella, dando un paso al frente para evitar que se acercara más. Con el mentón en alto, miró al líder—. ¡Exijo saber qué ha hecho este hombre!

El oficial la examinó con lenta insolencia. Aquella mirada flamígera viajó por su cuerpo con mayor rapidez hasta encontrar de nuevo sus ojos. Antes de que Abby tuviera tiempo de sonrojarse ante semejante osadía, antes de que él pudiera pronunciar palabra, Archer carraspeó para intervenir en la disputa.

—Capitán Ballard —dijo solemnemente, lo que molestó a Abby—, lamento mucho esta confusión. La señorita Abigail Fortescue es la prometida del señor Henry Wilcotts. Acaba de llegar a la India. No está habituada a las prácticas de nuestro ejército.

El militar la miró diferente, con ambigua convicción, como si recién hubiera comprendido algo que antes no había podido.

—No necesito que hable por mí, Archer —replicó ella con una mirada beligerante. Esperaba que la mención del nombre de Henry surtiera algún efecto en el militar, pero no se inmutó. De seguro era demasiado arrogante para reconocer la autoridad de un civil—. Y no sé a qué prácticas se refiere, pero están locos si creen que voy a poner a un pobre anciano en manos de tres militares que, estoy segura, no tienen buenas intenciones.

El oficial, que ahora sabía, respondía al nombre de Ballard, tensó la mandíbula. Algo muy parecido a una sonrisa diabólica viajó por sus labios, o eso creyó ver.

—Su valor es admirable, *memsahib* —sentenció—, pero no eximirá a este hombre del castigo que está por recibir.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que llevárselo? ¡Es solo un anciano!

Ballard le dirigió una mirada sombría, pesada, como una nube monzónica.

—Retírese —le advirtió—. No está bien charlar bajo el sol a cuarenta grados de temperatura. Le saldrán pecas en su bonito rostro.

Los dientes de Abby chirriaron de furia. Aquel odioso hombre pensaba que ella estaba jugando a ser buena samaritana, como había dicho Tess, y que, apelando a su vanidad, le haría desistir de la idea de proteger al indefenso indio. Estaba ansiosa de demostrarle cuán equivocado estaba.

—Capitán, no me moveré de aquí hasta que me diga qué ha hecho este hombre —insistió—. ¿Robó a alguien acaso? ¿Cometió alguna injuria contra usted o algunos de sus colaboradores? ¿Incumplió el pago de impuestos?

—¿Le parezco un maldito recaudador? —reaccionó él erguido.

—Tampoco parece alguien muy decente.

Ballard se quedó mudo de indignación; Abby se sintió orgullosa de haberlo picoteado en su orgullo. Estuvo a punto de sonreír.

—Es usted muy perceptiva —se burló con amargura—, tanto como yo ingenuo.

—¡Qué sorpresa! —continuó ella, dejándose arrastrar por ese juego sarcástico—. Me cuesta creer que alguna vez lo haya sido. El privilegio de ser un inglés en suelo indio lo ha envalentonado demasiado, ¿no le parece? Me gustaría verlo en una situación fuera de su control, donde sea usted quien esté en desventaja.

Una mueca de negra diversión afloró en el rostro atractivo.

—¿Cree que mi trabajo consiste en aprovecharme de los débiles?

—Así es —dijo desafiante—; eso es lo que me demuestra cuando veo a este inofensivo viejo intentando escapar de usted y de sus hombres. Cuánta maldad habrán visto estos pobres ojos en toda una vida. ¿Qué ha hecho para ganarse ese temor, capitán? ¿Qué es lo que hay en su conciencia?

La pregunta pareció calar muy dentro del capitán Ballard, que echó una mirada punzante al anciano y luego volvió a ella.

—Sus acusaciones no me ofenden, *memsahib* —dijo con voz templada—. Más bien me intrigan. Me pregunto si tanto ímpetu no mermará una vez que se haya casado con el señor Wilcotts, quien por cierto es un inglés en suelo indio, como yo.

—¿Cómo se atreve a compararse con él? —gruñó.

—Ha sido usted quien ha sacado a relucir nuestras semejanzas.

Abby tenía ganas de abofetearlo por tanta insolencia, pero, al mismo tiempo, quería acabar con aquel asunto y librar al pobre abuelo de aquellos miserables.

—¿Qué ha hecho el anciano, capitán? —exigió una vez más.

—No tengo por qué darle explicaciones, *memsahib*. —Se inclinó hacia adelante, pronunció cada sílaba con excesiva claridad, como si ella fuera incapaz de comprenderlo—. ¡Apártese!

Abby tenía la corazonada de que algo muy tenebroso estaba sucediendo, pero no tenía idea de lo que era. De pronto, se vio a sí misma en ese pedazo de suelo, dejado de la mano de Dios, bajo un férvido sol que le exprimía el sudor del cuerpo y recordó que ya no se hallaba en Londres. Era ridículo que siempre hubiera criticado las tasas de criminalidad de la ciudad, cuando nunca había conocido el peligro como ahora, cuando nunca había mirado a la cara a la barbarie, la injusticia y la arbitrariedad. Después de lo que estaba presenciando, Londres iba a parecerle un parque infantil en adelante.

—Esto no es legal, ¿cierto? —susurró mirando al capitán con escozor.

—Señorita Fortescue, ¡por favor! ¡Marchémonos! —intervino Archer ansioso.

Abby volvió a ignorarlo. Fijó los ojos con incredulidad en el adusto e inexpresivo militar que tenía de frente. ¡Cuán engañosa podría ser la maldad! ¡Cuánta belleza prodigada en un gélido corazón!

—Obedezca, *memsahib* —le instó con voz grave y sombría.

—¡Es usted un sucio criminal! —le gritó—. Pretende ejecutarlo, ¿no es así? ¿Acaso no tiene familia? ¿No tiene temor de Dios? ¿Qué clase de bestias son todos ustedes? —continuó mientras paseaba la mirada entre los soldados e, incluso, por Archer, ese otro canalla inhumano que pretendía hacer la vista gorda con lo que estaba sucediendo—. ¿Dónde diablos he venido a parar? —sollozó aquello último en voz muy baja, de modo que solamente ella pudo escucharse.

En ese instante, oyó un parloteo agitado a sus espaldas. El anciano dirigió unas palabras conminatorias a Ballard, que pareció captar muy bien el mensaje. Ballard respondió de la misma manera, con la fluidez de un hombre que se hubiera criado hablando aquella extraña lengua. Resuelto, tomó la pistola y apuntó hacia el fugitivo, que usaba a Abby como escudo humano. El cipayo retrocedió, Archer y Tess emitieron a la par un respingo de alarma y se alejaron de la trayectoria imaginaria de la bala. La visión del arma hizo palpitar las sienes de Abby.

—Le aconsejo que se aparte o me veré obligado a…

—¿Qué va a hacer? ¿Matarnos? ¿Disparará a la prometida de Henry Wilcotts? —quiso saber, con la voz reducida a un débil resuello y el corazón galopante. Nunca en su vida había estado más quieta, o más asustada.

—Trataré de no darle a usted si se mueve a tiempo —murmuró Ballard con el cañón apuntando al anciano, que estaba tan cerca de Abby que un disparo fácilmente podría encontrarla por error—. No puede entendernos. Haga lo que yo le diga y se lo quitaré de encima.

¿Trataré de no darle a usted?

—¡No! ¡Baje el arma en este instante! —exigió ella con sus escasas fuerzas.

—¡Señorita Fortescue, apártese!

Súbitamente, unas manos calientes y ásperas, como la corteza de un árbol de carrasca, la abrazaban desde atrás. Una mezcolanza de gritos alrededor y la falta repentina de oxígeno la desconcertaron. De pronto, los ojos le escocían por el sol. El cielo y el suelo

se confundían en una amalgama de tierra, calor, sombra y nubes. Apretó los párpados, las pupilas heridas por la luz. Sintió la mente revuelta entre el miedo y la confusión. Algo la pinchaba en la nuca, pero Abby apenas sintió aquella ligera invasión. ¿Cómo podía estar sucediendo todo aquello?

Una detonación perforó el aire, seguida de un chillido atronador. En las palmas de las manos y en las rodillas, Abby sintió la arena, que estaba caliente como los adoquines del infierno, traspasando la tela de los guantes y las medias.

Sofocada y aturdida se quedó allí, hasta que la voz de Tess a su lado le llegó. Abrió los ojos con lentitud. Vio que su amiga, hecha un manojo de nervios, le abanicaba el rostro compulsivamente. La joven miró aletargada a su alrededor, con los párpados pesados, intentando comprender lo que acababa de sucederle. Cuando vio al anciano tumbado en el suelo, inmóvil, con un hoyo humeante entre las cejas y los ojos abiertos de par en par, el alma pareció abandonarle cuerpo con violencia, para luego volver a caer en picada y producirle un dolor físico. Apartó la vista, liberando un alarido de horror que pronto se convirtió en llanto. Las lágrimas aparecieron, mientras Tess la abrazaba para consolarla.

¡Lo había hecho! Ese maldito había cumplido su amenaza. Había disparado a quemarropa a un indefenso individuo, viejo, andrajoso y asustado frente a los ojos de dos damas. ¿Qué clase de miserables poblaban aquellas tierras?

En un movimiento airado, Abby se desembarazó de la protección de Tess. Se puso de pie trastabillando para encarar al asesino. Ballard, que había desmontado, la miraba con seriedad y un brillo ininteligible en los ojos.

—¡Cerdo miserable! ¡Deberían ahorcarlo por esto!

Se le fue encima, pero él la tomó por las muñecas para detenerla, como si hubiera adivinado esa intención de darle golpes hasta el cansancio. Forcejearon por un momento hasta que Abby vio su propia fuerza disminuida por la severidad de las manos de él, grandes y poderosas, atenazadas contra los antebrazos. Su imponente estatura era superior a lo que había osado imaginar. Luego

de someterla con firmeza, la obligó a mirarlo. Asqueada hasta lo indecible, ella accedió a hacerlo. Aquellos ojos verdes inescrutables se posaron sobre Abby, cargados de una firmeza implacable. Ella asumió que estaba orgulloso de ser un bandido y un criminal.

Sentía el impulso de escupirle la cara, pero tenía la garganta seca y la lengua pegajosa. Ni siquiera los insultos más agravantes que conocía lograron brotar de sus labios en medio de aquella sensación de repugnancia y letargo que la subyugaba.

Abby se juró odiarlo mientras viviera.

Entonces, su visión y sus pensamientos se vieron opacados por una sensación de vértigo. El mundo comenzó a ennegrecerse hasta que su conciencia se apagó por completo.